HARLEQUIN®

Jazmín®

Conquistar su corazón

Rebecca Winters

HERENCIA de Amor



Conquistar su corazón

Rebecca Winters





Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Hermosilla, 21
28001 Madrid

© 2004 Rebecca Winters. Todos los derechos reservados.
CONQUISTAR SU CORAZÓN, Nº 5 - 23.11.05
Título original: To Win His Heart
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, logotipo Harlequin y Jazmín son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 84-671-3275-2
Depósito legal: B-39144-2005
Editor responsable: Luis Pugni

CAPÍTULO 1

Dos de agosto. Monza, Italia

BUENAS noches, César. Lo he pasado genial. Después de la fiesta con los compañeros del equipo de Formula 1, César acompañó a Olivia hasta el hotel, pero a ella la irritó enormemente el hecho de que él le pasara los brazos alrededor del cuello justo al llegar a la puerta de su habitación.

Dado que él nunca bebía antes de una carrera, ella sabía que aquella actitud tan cariñosa que él había adoptado tan de repente no era a causa del alcohol.

César de Falcón, veintinueve años, conocido como César Villón, puesto que utilizaba el apellido de soltera de su abuela paterna para las carreras, era todo entusiasmo. Era una de las personalidades más atrayentes y encantadoras, aunque demasiado obsesionado con su carrera como para tomarlo en serio.

Ni durante la celebración del Gran Prix de Mónaco en junio, ni en los dos últimos días en Monza anteriores a la carrera del día siguiente, Olivia le había alentado a creer que podría haber algo más que amistad entre ellos. Aquello no podía ser, puesto que ella estaba locamente enamorada de su hermano mayor, Lucien de Falcón.

A pesar de que ese amor no fuera correspondido, no importaba. Ella no podía dejarse llevar por la emoción

del momento y besar a César por el mero hecho de ser uno de los mejores partidos de toda Europa.

De hecho, cuando ella y sus hermanas habían viajado a Europa en junio, el mayor objetivo de Olivia había sido ver el Gran Prix de Mónaco, en el que el legendario César Villón había obtenido el segundo puesto.

Había sido una casualidad que el primo de César, Max, acabara casándose con Greer, una de las hermanas de Olivia, y que se hubieran convertido en familia bajo circunstancias tan insospechadas.

Olivia ya era aficionada a las carreras de Formula 1 antes de conocer a César. Así que, cuando él la invitó a su fiesta, la hizo sentirse muy feliz y halagada. ¿Cuántas veces en la vida se tenía la oportunidad de presenciar lo que sucedía entre bastidores en el mundo de las carreras y con alguien tan famoso como él?

–Yo también lo he pasado maravillosamente, *ma belle*. Y no hay razón por la que no podamos seguir con la diversión ahora que estamos solos.

–Sí la hay –le advirtió, haciéndole un gesto con la cara para evitar que él intentara besarla–. Tienes una carrera importante mañana y necesitas disfrutar de un sueño reparador.

–¿Disfrutar de un sueño reparador? –se rió antes de hundir sus labios en la mejilla de ella–. Intentaré hacerlo, pero no me gustaría hacerlo solo.

Y diciendo eso la estrechó contra la pared y la besó.

César era un hombre atractivo y muy persuasivo, pero ella fue capaz de escapar antes de que él pudiera profundizar el beso. Su cara de sorpresa dejaba ver que pocas mujeres se le habían resistido.

–¿No vas a invitarme a entrar? –le dijo con aquella mirada de indignación tan típica de Max, su recién estrenado cuñado italiano.

Ella le sonrió queriendo manejar la situación con gracia y discreción, dado que ahora él era el primo hermano de Greer. Ella no podía permitirse el lujo de ofenderlo con su rechazo, como si no fuera a verlo nunca más en su vida.

–No, primo –le dijo escogiendo deliberadamente aquella palabra–. No voy a hacerlo. Siempre duermo sola.

–¿Siempre? –le respondió asombrado.

–Siempre.

–¿Ni siquiera con Fred?

Que César mencionara a su ex novio, ya que fue él quien la introdujo en el mundo de las carreras de Formula 1, lo hizo reír.

–Ni siquiera con Fred.

–Pero eso es increíble.

Olivia estalló en carcajadas. No pudo evitarlo.

–Mis hermanas y yo fuimos educadas para esperar hasta el matrimonio.

–Quieres decir que Greer y Max...

–No hasta su noche de bodas –ella acabó la frase por él.

Entonces fue él quien se echó a reír.

–Entonces ella te mintió.

–No –negó Olivia con la cabeza–. Apuesto mi vida en ello.

Cuando ella vio que él no estaba convencido, añadió:

–Cuando vuelvan de su luna de miel puedes preguntarle a Max. Él te dirá la verdad.

César sonrió.

–¿Y si estás equivocada?

–No lo estoy.

–Imaginemos que lo estás –se burlaba de ella–. Hagamos una apuesta. Si yo gano...

–¡No lo harás! –concluyó ella.

Olivia se sorprendió cuando él la agarró de los hombros.

–El equipo alemán cree que va a ganar el Gran Prix de Italia mañana, pero al final de la carrera seré yo quien conquiste el podio. Después de una carrera siempre paso una semana en la villa de nuestra familia en Positano, en la costa amalfitana, para estar solo. Esta vez te llevaré conmigo para celebrar mi victoria, estás avisada.

«No, César, no iré a ningún sitio contigo», pensó ella.

Aquel hombre tenía un ego que no le permitiría abandonar su idea. Cualquier otra mujer probablemente habría saltado de alegría por tener la oportunidad de estar a solas con él, pero Olivia no era una de ellas.

–Antes tendrías que ser mi marido.

Él le lanzó una encantadora sonrisa.

–Entonces supongo que tendremos que elegir un anillo mientras estemos en Positano.

–No dices más que tonterías, César, pero me agradas de todas formas. Iré a animarte mañana.

Se levantó de puntillas y lo besó en la mejilla. Después se soltó de sus brazos.

–Buenas noches y buena suerte –le dijo antes de meterse en su habitación.

Aunque él personificara los deseos de la mayoría de las mujeres, después de que Olivia y sus hermanas regresaran a Nueva York para preparar la boda de Greer, él no era el hombre que dominaba todos y cada uno de sus pensamientos.

Sólo había un hombre por el que deseaba ser besada. Había estado anhelando que llegara el día de la boda para volver a ver a Luc, pero unos instantes después de encontrarse toda su emoción se desmoronó.

–Puedes parecer inocente y engañar a César, pero yo puedo ver a través de ti, Olivia. No eres más que, como vosotros los americanos decís, una *groupie* –le había dicho Luc.

–¿De veras? Pues si yo soy una *groupie*, tú eres el hermano mayor celoso con lo que nosotros los americanos llamamos mala pata. Debe de ser mortificante saber que no serás capaz de subir al coche de carreras de César, así que déjale conducirlo solo.

El cuerpo aún se le erizaba al recordar las palabras tan feas que se habían dedicado el uno al otro. ¡Él había tenido la osadía de llamarla *groupie*! ¿Cómo había podido atreverse a compararla con todas aquellas mujeres que merodeaban alrededor de él sabiendo que César era rico y famoso y además estaba soltero?

Luc la había puesto tan furiosa que ella se alegró mucho al aceptar la invitación de César de verlo correr en el Gran Prix italiano. Sin embargo, aquello había sido una señal que él había malinterpretado y ahora pensaba que ella estaba allí por algo más que la carrera.

Todo había sido culpa de Luc. Solamente el recordar su confrontación fuera de la iglesia hacía que el corazón de Olivia se retorciera de dolor.

Si él no la hubiera insultado de aquella manera, ella nunca habría sido capaz de enfrentarse a él de forma tan impulsiva.

Al contrario que su hermano, Luc no necesitaba ser el centro de atención, hecho que a ella le resultaba mucho más atrayente. A pesar de que su actitud distante le resultara un poco molesta a veces, también la fascinaba que pareciera no necesitar a nadie.

Según César, Luc empleaba todas sus energías en su trabajo como ingeniero robótico. Ella quería saberlo todo de él, pero César se mantenía en silencio en lo re-

ferente a la vida personal y profesional de Luc. Todo lo que ella había podido descubrir era que siete meses antes había estado a punto de perder la pierna en el mismo trágico accidente de esquí en el que había muerto la prometida de su primo Nic.

Olivia ya sabía por Greer que Luc nunca había estado casado pero, ciertamente, no habría sido por falta de oportunidades. Su seria mirada de color gris y sus cejas negras eran asombrosamente bellas al contrastar con su tez de color aceituna y sus marcadas facciones.

Ella sólo le había visto sonreír en una ocasión y fue entonces cuando pensó que no podía haber un hombre más guapo, ni siquiera César. Pero después de su discusión, Olivia había perdido la esperanza de presenciar aquel extraño gesto en él otra vez.

Ella se imaginaba que el dolor de su pierna tenía algo que ver con su temperamento taciturno. Sin embargo, Olivia sospechaba que aquello también era resultado de algún tipo de problema que iba más allá de lo físico.

«Alguna mujer ha debido de hacérselo pasar mal, pero quienquiera que fuese ha hecho bien en dejarlo».

Los hombres de la familia Falcón eran altos, morenos, apuestos y elegantes, con ese estilo mediterráneo tan irresistible. Si ése fuera su objetivo, Luc podría estar rodeado de bellezas todo el tiempo, pero obviamente él tenía otras cosas en la cabeza y era menos inseguro y más inteligente como para necesitar atención constante por parte del sexo opuesto.

Definitivamente él no quería a Olivia. Nunca antes ella se había sentido tan herida, y aún sufría por las heridas. De hecho, cuanto más lo pensaba más se resistía a aceptar sus mordaces comentarios como definitivos. El hermano de César, ese hombre de treinta y tres años,

hastiado y distante, la había juzgado mal y ella iba a demostrarle que estaba equivocado.

Después de golpear la almohada, inclinó la cabeza hacia atrás deseando que el sueño la venciera, pero algo le hacía sospechar que no sería tan fácil.

–¿Vas a ver la carrera de tu hermano por la mañana?

«*Non, Dieu merci*», pensó Luc.

–Me temo que no, mamá. El doctor quiere drenar mi rodilla pasado mañana, así que hasta entonces quiero tomármelo todo con tranquilidad.

Luc estaba contento de tener una justificación que darle a su madre. Ella se encargaría de hacérsela llegar a César y a su padre.

–Cuídate, *mon fils*. Iré a verte en un par de días para ver cómo sigues.

–No será necesario. Yo iré a verte a ti.

Si el pronóstico del médico era correcto, la pierna de Luc se encontraba en la última fase de recuperación. Después de siete horribles meses de puro infierno físico, podía ver la luz al final del túnel. Sólo deseaba poder decir lo mismo de su tormento mental, pero para eso no había cura médica.

–Hablamos pronto, *maman*.

Colgó el teléfono y se volvió a sentar en la silla giratoria de su despacho mirando fijamente a la pantalla de su ordenador. Normalmente, los cálculos requeridos para su último proyecto mantenían alejados sus más oscuros pensamientos, pero no aquella noche. La imagen de Olivia Duchess en la cama de su hermano hacía que la bilis se le subiera a la garganta.

Agarró su teléfono móvil y marcó. Después de tres tonos su primo contestó.

–¿Luc? Pensaba que podías ser tú.

–¿Quién más te molesta a estas horas de la noche? ¿Estabas ya en la cama?

–No. Estoy en la biblioteca, trabajando en este maldito manuscrito.

–Iba a preguntarte cómo ibas con él, pero ahora ya no lo haré.

Nic había estado viviendo su propio infierno desde la muerte de Nina. Además de todo el sufrimiento que le había ocasionado el accidente, padecía de sentimiento de culpa porque sólo una hora antes de que tuviera lugar el accidente él había roto su compromiso matrimonial con su prometida. Fue entonces cuando ella tomó el último telesilla para subir a las pistas sin él.

Luc nunca sabría si Nic había descubierto que ella le había sido infiel y por eso quiso cancelar la boda. Siendo tan íntimos como Luc y Nic lo eran, su primo nunca había sospechado que Nina hubiera estado viendo a otro hombre.

Pero Luc sabía que lo hacía.

Por casualidad él decidió bajar una pista más a última hora aquel día. Cuando salió por los esquíes presenció algo que lo desgarró.

Arriba, en los árboles, había un extraño de pelo rubio oscuro besando a Nina. Ella lo correspondió en todo momento hasta que se marchó hacía el telesilla con sus esquíes.

Habiendo querido siempre a Nic como a su propio hermano, Luc intentó enfrentarse a ella y la siguió hacía el telesilla, pero antes de que pudiera alcanzarla los golpeó la tragedia, hiriéndolo a él y matándola a ella.

Durante las largas charlas en el hospital Nic finalmente le confesó que nunca había estado enamorado de Nina en la forma en la que debería haberlo estado. Él

cedió a comprometerse por presión por parte de sus padres, particularmente de su padre, quien quería que su hijo se casase. Pero tal y como Nic explicaba, una vez estuvo fijada la fecha de la boda, se dio cuenta de que no podía casarse con ella.

Su confesión no sorprendió a Luc ni a Max. Nic nunca había actuado como un hombre locamente enamorado, pero ya que él nunca había dicho nada acerca de la traición de Nina, Luc decidió que era mejor que su primo no supiera nada sobre ello. Después de discutirlo con Max, ambos creyeron más acertado que Nic nunca lo supiera, porque contárselo no serviría para nada. Además, ahora Nina estaba muerta, lo que lo hacía todo aún más desagradable.

En la mente de Luc, daba igual que estuvieras casado o comprometido. Se trataba de adulterio si tu compañero resultaba ser infiel. Luc sabía de primera mano lo que significaba sentirse traicionado ¡nada menos que por su hermano! Y no desearía ese sentimiento ni a su peor enemigo, así que mucho menos se lo desearía a Nic.

Miles de espectadores gritaban y saltaban cuando a través del altavoz pudo escucharse, en cuatro idiomas, el anuncio de que César Villón, el corredor que representaba a Mónaco, se había hecho con el codiciado primer puesto en Monza.

Olivia había llegado a las gradas muy temprano para ver la carrera. Ahora estaba de pie, aplaudiendo y animando como muchas otras de sus admiradoras.

Los dos días anteriores a la carrera habían sido muy instructivos para ella, puesto que lo había visto haciendo varias pruebas antes del gran evento que acaba de conquistar.

Siendo un competidor tan feroz como él era, había hecho que su profecía se hiciera realidad. Afortunadamente, quizá hubiera olvidado lo que le había dicho acerca de llevarla con él después, pero en caso de que no lo hubiera hecho, Olivia ya había decidido marcharse de Monza para no darle otra mala impresión más tarde cuando pasara a recogerla.

Habiendo sido agraciado con muchos presentes, incluyendo el hecho de que fuera el hijo menor del duque de Falcón de Mónaco, podía perdonársele que tuviera asumido que no había mujer inmune a él. Si había algo más valioso en él, en su interior, aún no era visible. Sólo el tiempo, probablemente una vez que ya fuera demasiado mayor para competir, lo diría.

Mitad italiano, mitad monaguesco, la apariencia de estrella del cine de César le hacía ser el centro de atención entre la multitud. Con un optimismo de un hombre que sabe que es el número uno, lo arregló todo para que Olivia pudiera sentarse cerca del podio. Pero ella no intentó acercase a él una vez hubo terminado la carrera. Incluso si hubiera querido, le habría sido físicamente imposible.

Mientras él se rodeaba de toda la adulación y gritos de los miles de fans, bebía champán y besaba la copa que había ganado, al menos una docena de admiradoras lo rodeaban, agarrándolo y ofreciéndole sus bocas para que él las besara, a lo que él accedía con todo gusto.

Naturalmente aquel espectáculo proporcionaba cientos de oportunidades a los fotógrafos internacionales que cubrían la carrera. Mañana por la mañana las fotografías de César abrazando a una belleza tras otra serían la portada de miles de periódicos y revistas.

A Olivia toda aquella escena la repugnaba. Detestaba ese estilo que vida que llevaban algunas mujeres en

el que siempre estaban luchando por obtener una mejor posición, esperando ser la elegida para pasar la noche con él. Poco sabían ellas que, la pasada noche, Olivia había sido su objetivo.

Escenas como la que Olivia estaba presenciando eran frecuentes antes y después de las carreras de César. Las mujeres lo perseguían como un enjambre de abejas y él les respondía mientras la fiebre de las carreras corría por sus venas.

Mientras que ella permanecía allí mirando fijamente en dirección a César, la idea que había estado gestando la noche anterior se había convertido en todo un plan. No podía esperar a marcharse lo suficientemente deprisa para llevarlo a cabo.

Sin dudarlo, se abrió camino entre la multitud para llegar a la parada de taxis.

–Hotel La Accademia –le dijo al conductor.

–*Si, signorina*.

Una vez estuviera de vuelta en su habitación llamaría a su hermana Piper, que todavía estaba en Génova por negocios. Algunas de las maquetas de sus calendarios en italiano estaban listas para examen. Si pensaban que el producto final era bueno, repartirían algunos de ellos a *signore* Tozetti para que los distribuyera en la región de Parma. Siempre y cuando se vendieran bien, los pedidos podrían incrementarse.

Se suponía que Olivia debería estar allí ayudándola a tomar una decisión antes de volar juntas de vuelta a Nueva York, pero como había cambiado de opinión acerca de marcharse aún de Europa, confiaba plenamente en el buen juicio de Piper.

Su hermana nunca aprobaría el plan de Olivia de ir detrás de Luc. Tampoco lo haría Greer. Afortunadamente ella no estaba allí para poder quitarle la idea.

Gracias a Maximiliano di Varano, el amor de su vida, Greer estaba de luna de miel.

Había hecho falta un hombre muy especial para separar a las trillizas Duchess, las tres hermanas rubias que, a pesar de parecerse tanto físicamente, eran tan distintas.

Sólo una mirada a los ojos de color amatista de Greer y Max, el soltero empedernido, se había enamorado tan locamente de ella que Olivia sabía que ya nunca se recuperaría.

Desde su boda, hacía ya cuatro días, en una capilla privada de la familia di Varano en el palacio de Parma, los dos enamorados se habían marchado de luna de miel a un íntimo rincón en algún lugar de Grecia.

La mirada de deseo y adoración en los ojos de Max después de besar a la novia revelaron al resto del mundo lo que él sentía por ella. No era posible saber por cuánto tiempo había planeado hacerla suya, pero Olivia tenía la sospecha de que pasaría al menos un mes antes de que ella y Piper supieran algo de su hermana. Suficiente tiempo para que Olivia pudiera llevar a cabo su osado plan.

Con el matrimonio de Greer el mundo de Olivia había cambiado. Ella estaba experimentando un vertiginoso y nuevo sentimiento de libertad tanto física como psicológica. Se figuraba que Piper también estaría disfrutando de esa libertad. Sin Greer alrededor diciéndoles cómo pensar y qué hacer, Olivia por fin podría ser dueña de su propio destino.

No era que no quisiera a Greer. Todo lo contrario, la adoraba. Pero era un alivio no tener que enfrentarse a ella y tener que oírla decir: «Te dije que sería un error salir con César. Si lo haces, entonces serás la típica rubia estúpida e ingenua que seduce después de cada carrera».

A pesar de que la antipatía que Luc sentía hacía ella le había hecho hacerlo, el calor inflamó sus mejillas al darse cuenta de que, una vez que Greer se había marchado de luna de miel, había hecho la misma estupidez que su hermana le había advertido que no debía hacer.

De hecho fue Greer quien le dijo a Olivia que ella no estaba enamorada de Fred. Olivia ya estaba casi segura de ello después de conocer a Luc, pero aún así había seguido saliendo con Fred durante las seis semanas anteriores a la boda de Greer en un esfuerzo por olvidar a Luc y demostrar que el poder de Greer sobre ella no era absoluto.

Desafortunadamente, al final tuvo que pagar por ello cuando se vio obligada a decirle a Fred que habían terminado. Ella había sido muy injusta con él por seguir alentándolo y todavía se culpaba por el dolor que le había causado.

Lo que realmente le molestaba a Olivia era que a pesar de que Max hubiera desposado a Greer y se la hubiera llevado lejos, ella tenía que luchar contra la poderosa influencia que aún ejercía su hermana sobre ella. Sólo tenía que imaginarse cual sería la reacción de Greer si supiera lo que Olivia estaba planeando ahora.

«¿Cómo? ¿Estás loca? ¿Es que acaso no hemos aprendido ya la lección?»

–¿*Signorina*? –el taxista la sacó de sus pensamientos tocándola en el hombro.

Habían llegado al hotel. Había estado tan inmersa en su estrategia que no se había dado cuenta.

Después de pagarle con un puñado de euros que ni siquiera se molestó en contar, se bajó del taxi y se apresuró hacia su habitación, ansiosa de poner todo el mecanismo en marcha.

Una vez que hubo confirmado los billetes de avión para un vuelo a Niza dos horas más tarde, telefoneó a Piper a su hotel en Génova.

Después de contarle la asombrosa noticia de que César había ganado el Gran Prix, Olivia le contó a Piper lo que tenía intención de hacer.

–¿Que vas a hacer qué?

Justo entonces su hermana le sonó como Greer, lo que no ayudó mucho a mejorar las cosas.

–Vuelvo a Mónaco para obligar a Luc a que me haga mi viaje agradable.

–¿Puedes repetir eso?

–Lo que has oído –Olivia respondió desafiante–. Fuimos engañadas en nuestro primer viaje a Europa porque Max y sus primos pensaban que éramos unas ladronas de joyas y lo estropearon todo. Cuando todo se solucionó ya era demasiado tarde y nuestras vacaciones tuvieron que suspenderse porque Max quería estar a solas con Greer en el Piccione. Luc me debe diez días en ese barco.

–¡Es el barco de Fabio Moretti! Agosto es todavía temporada alta y probablemente alguien lo habrá alquilado. Además no olvides que es el sustento de la familia Moretti.

–Estoy segura de que Luc podrá apañárselas con Fabio. Nosotras pagamos tres mil dólares cada una por un fantástico crucero por la Riviera que nunca tuvo lugar.

–Técnicamente tienes razón, Olivia, pero a cambio conseguimos a Max, un cuñado de ensueño que nos ha tratado como a la mismísima duquesa de Parma mientras estuvimos en el palacio real de su familia. Eso compensa las vacaciones. Además, ¿de qué te quejas? Tu sueño se hizo realidad cuando César te invitó a ir a

Monza estos tres últimos días. Pensé que estabas loca por él. Al menos eso es lo que le dijiste a Fred.

La conciencia hizo que Olivia se mordiera los labios.

–Tenía que decirle a Fred algo que contuviera su orgullo. Si hubiera sido sincera y le hubiera dicho que no lo veía como mi marido, le habría dolido mucho más.

–De acuerdo. Puedo entender eso, pero ¿qué pasa con César?

–Es sólo un amigo y, aunque no lo fuera, está comprometido.

–¿Con quién?

–Con toda la población femenina de Europa.

–Sí, claro, pero eso ya te lo dijo Greer.

–Greer no lo sabe todo.

–Sí lo sabe.

–Pues no sabía que fuimos nosotras quienes hablamos con papá para que montara todo el chanchullo del «Fondo para la búsqueda de marido» que nos trajo por primera vez a Europa.

Después de un momento de silencio, dijo su hermana:

–Eso es cierto. Es probablemente el único secreto que no hemos compartido con ella.

–Sí. Y funcionó.

Una sonrisa de satisfacción apareció en la cara de Olivia.

–Al final, la casamos. Ahora podemos hacer lo que queramos y yo quiero disfrutar las vacaciones que nunca disfruté, ¿tú no?

–Quizá algún día. Ahora mismo tenemos un negocio del que ocuparnos.

–¿Ha decidido ya *signore* Tozetti si quiere ser cliente nuestro?